
Gerhard LOHFINK, *Jesús de Nazaret. Qué quiso, quién fue*, Barcelona: Herder, 2013, 604 pp., 14 x 21,5, ISBN 978-84-254-3107-4.

Las últimas décadas han visto la aparición de numerosas obras sobre el Jesús histórico escritas por investigadores de altura pero dirigidas no a sus colegas sino a un público más amplio: culto, universitario, crítico. Cada una tiene su nota singular. La más difundida ha sido sin duda el «Jesús de Nazaret» de J. Ratzinger/Benedicto XVI; una investigación histórica y teológica. La obra monumental, y todavía inacabada, de J. P. Meier, «Jesús, un judío marginal» (Verbo Divino) es el estudio con el examen bibliográfico más detallado; en este sentido, es una obra de referencia aunque los resultados de la investigación de Meier sean limitados y discutidos. A. Puig, Decano de la Facultad de Teología de Catalunya, en «Jesús, una biografía» (Destino), propone, como dice el mismo título, un perfil biográfico de Jesús. De hecho, acorde con esta nota es de los pocos autores que se atreve a tratar desde el punto de vista histórico la infancia de Jesús narrada en los evangelios. J. Schlosser, «Jesús, el profeta de Galilea» (Sígueme), propone un estudio regido por los principios de la escuela histórica: la historia-ciencia nacida en Alemania en la segunda mitad del XIX y desarrollada también en la historiografía francesa del XX. Existen bastantes más obras recientes. Sin embargo, las citadas tienen algunas características comunes a la de Lohfink que comentamos ahora. En primer lugar, han sido traducidas a los idiomas occidentales más comunes: inglés, castellano, francés, alemán e italiano. Además, sus autores, como Lohfink, son sacerdotes católicos e investigadores.

En el marco de las obras sobre el Jesús histórico, hay tres rasgos –bastante relacionados entre sí– que caracterizan el texto de Lohfink. En primer lugar, la confianza en los evangelios y en la tradición que los transmite. El autor dedica el primer capítulo a este tema y concluye: no hay ningún motivo serio para dudar de los evangelios como documentos históricos, aunque eso no los exime de ser sometidos a una cuidadosa investigación histórica y, por tanto, crítica (p. 17). El segundo rasgo es la orientación cristológica. La investigación sobre la vida de Jesús no puede hacerse despojando a las narraciones evangélicas de toda interpretación teológica para construir a continuación una nueva narración que lo retrate como un líder religioso singular. A juicio del autor, la investigación se debe dirigir a examinar las bases históricas que tiene la imagen de Jesús –cristológica, sin duda– de los evangelios. La investigación sobre el Je-

sús histórico que ha dominado las publicaciones de las tres últimas décadas –la denominada tercera búsqueda– ha intentado mostrar a Jesús en coherencia con el contexto del judaísmo del segundo Templo. Es el mismo horizonte epistemológico en el que se mueve Lohfink, pero para mostrar la actividad cristológica de Jesús en ese contexto. Dan clara muestra de este proceder los análisis de los diferentes capítulos del libro, pero también un párrafo al final donde anota que, entre los textos que se apilaban en su escritorio cuando escribía el libro, había cuatro libros «a cuya consulta recurría una y otra vez» (p. 603): La Teología bíblica del Nuevo Testamento de Peter Stuhlmacher, la investigación monumental sobre Jesús y el judaísmo del siglo I de Martin Hengel y Anna Maria Schwemer y los dos volúmenes de Benedicto XVI sobre el ministerio público de Jesús. La tercera nota que caracteriza el estudio de Lohfink es la noción de Reino de Dios como categoría central, tanto del ministerio de Jesús como de la comprensión que tenía de sí mismo. En 1988, con poco más de 50 años, Gerhard Lohfink dictó su última clase en Tubinga, porque, según decía, había encontrado un tesoro al que dedicar el resto de su vida: el reino de Dios. A las publicaciones que ya entonces tenía sobre el tema se han añadido después otras muchas. Quizás este volumen sea como un compendio de todas ellas, como se puede ver en bastantes notas a pie de página.

El volumen consta de 21 capítulos correlativos que se dividen, no obstante, en dos partes, según señala el comienzo del capítulo 13: «En los capítulos precedentes se ha analizado sobre todo “lo que Jesús quiso”. Se veía pues, de una manera más bien indirecta, “quién era”. En las páginas que siguen se situará en el primer plano el subtítulo de este libro, sobre todo en su segunda parte ¿Quién era Jesús?» (p. 359). Tras el capítulo primero, que se dedica a la relación entre fe, historia e interpretación, los once siguientes se dedican a una presentación del Reino de Dios proclamado e instaurado por Jesús. Tres de ellos a describir el reino de Dios: en sí mismo, en relación con Israel y en relación con la Iglesia. Los capítulos quinto y sexto se dedican al seguimiento y a los modos de discipulado: los doce, los «partidarios de Jesús» los «ayudantes ocasionales», etc. Los milagros y la enseñanza en parábolas como expresiones primigenias del reino de Dios y de su presencia, son –como suele ser habitual en estas modernas vidas de Jesús– especialmente brillantes, por el análisis de algunos episodios y su contextualización. El capítulo octavo, sobre el universo de los signos de Jesús, es uno de los más breves y quizás uno de los menos impacantes. Los tres últimos capítulos de esta primera parte, la amonestación frente al juicio y la actitud de Jesús hacia el Antiguo Testamento y, más específica-

mente, ante la Ley, tratan de la enseñanza parenética de Jesús. De la misma descripción de contenidos se puede deducir que la idea del reino de Dios orienta el análisis y la presentación de los hechos y dichos de Jesús. Esta presentación tiene la insigne ventaja –de la que el A. hace uso continuamente– de poder proponer el estudio de un hecho o un dicho singular, de situarlo a continuación en el universo de lo general y también actual –que es la presencia del reino de Dios–, para finalmente, volver al hecho singular de la vida de Jesús y descubrir así una mayor profundidad en su significado. En este sentido, muchas páginas resultan una ayuda eficaz para una lectura orante de los evangelios.

La segunda parte, más biográfica, si se quiere, es sin embargo, más fragmentaria. Los títulos de los capítulos dan idea clara de sus contenidos. Los dos primeros –«Lo incondicional de la vida de Jesús» y «La fascinación del reino de Dios»– trazan una suerte de perfil psicológico, pero desde los hechos y las palabras de los evangelios, no de la imaginación del A. Después, tres capítulos repasan los últimos días de su vida: «Decisión en Jerusalén», «Morir por Israel», «Su último día». Estos episodios son los más documentados de la vida de Jesús; no en vano se ha dicho que los evangelios –Marcos, en particular– parecen un relato de la pasión con una larga introducción. La narración de Lohfink es un discurso sencillo y coherente.

Aquí acaban normalmente muchas de las modernas vidas de Jesús: tras la muerte de Jesús suelen dedicar apenas unas pocas páginas a lo que denominan «epílogo pascual». En cambio, el volumen de Lohfink dedica casi cien páginas (pp. 479-373) a este apartado. Lo hace en tres capítulos que titula: «Los acontecimientos de la Pascua», «La reclamación de la excelsitud de Jesús» y «La respuesta de la Iglesia». Muchas páginas de estos capítulos son probablemente las que más agradece el lector, porque señalar la grandeza y la singularidad de la personalidad de Jesús es algo que ha reconocido toda la crítica, incluso la que ha pasado por la criba del racionalismo ilustrado. Sin embargo, como ya decía san Agustín, «en ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne». Lo mismo ocurre en la moderna investigación sobre Jesús: ningún libro serio –lo que excluye obviamente a los que no son más que una provocación– deja de trazar una imagen de Jesús muy atrayente cuando se entienden sus palabras y sus gestos en el marco del judaísmo –ahora, bastante mejor conocido– de su tiempo. Pero con la resurrección, las cosas son diferentes. En razón de algunos presupuestos metodológicos de la «ciencia histórica» –básicamente, la homogeneidad del pasado respecto del presente–, la resurrección de Jesús, no suele considerarse un acontecimiento

histórico. Esto no supone negar la realidad de la resurrección, significa simplemente negar su pertenencia al campo de lo histórico. Obviamente, Lohfink, tiene presentes estas consideraciones al tratar de los acontecimientos de la Pascua. De acuerdo con los presupuestos epistemológicos que ha trazado en el capítulo primero entiende que la resurrección de Jesús pertenece a la fe, pero sitúa esta fe en el campo histórico. Explicar la resurrección como una experiencia de los discípulos es correcto desde el punto de vista teológico, pero es insostenible desde el punto de vista histórico (p. 486). Para mostrar la plausibilidad histórica de la resurrección describe lo que denomina el esquema imaginativo del judaísmo del siglo I, arraigado en la revelación veterotestamentaria, donde incluye tres elementos: la «exaltación por parte de Dios de la humillación», el «hombre único tomado por Dios» y la «resurrección al final de los tiempos». Estos tres elementos tomados juntos son los que se advierten en la proclamación de los discípulos sobre Jesús y en las acciones de los discípulos. Señalan en su conjunto que, efectivamente, con la resurrección de Jesús sucedió algo singular, inesperado, para lo cual los discípulos no tenían ninguna explicación, tampoco en los textos del Antiguo Testamento. La única explicación era la anticipación de la resurrección escatológica al final de los tiempos. Eso explica la «urgencia escatológica» de los discípulos: el final de los tiempos ha comenzado y piensan que está próximo. Diversas acciones de los apóstoles –como la elección de Matías, que no se repite después, cuando fallece Santiago– lo mismo que la comparación entre la enseñanza de Jesús y la de los discípulos, se explican fácilmente si se acude a este esquema: la resurrección final ya ha comenzado. Desde aquí resultan fáciles de entender las expresiones de los textos sagrados que reclaman la excelsitud de Jesús y la respuesta de la Iglesia a los acontecimientos: ahí se explican, con base en las acciones de Jesús, el sentido de los cantos Cristo –Logos y Kyrios–, la «apoteosis», etc.

El libro destaca por su claridad. Tiene pocas notas a pie de página. Es evidente que el autor quiere hacerse entender. Se dirige a un público que no necesita ser especialista en Sagrada Escritura ni en Teología, aunque sí debe tener unos conocimientos mínimos. En el texto se deslizan algunas erratas: se dice Pedro cuando se quiere decir Pablo (p. 484) o Marcos cuando se quiere decir Mateo (p. 494), pero en conjunto la escritura es sencilla y la obra se lee con amenidad. Quien quiera conocer más sobre Jesús o quiera servirse del libro para una lectura orante de los evangelios, lo leerá con aprovechamiento.

Vicente BALAGUER